

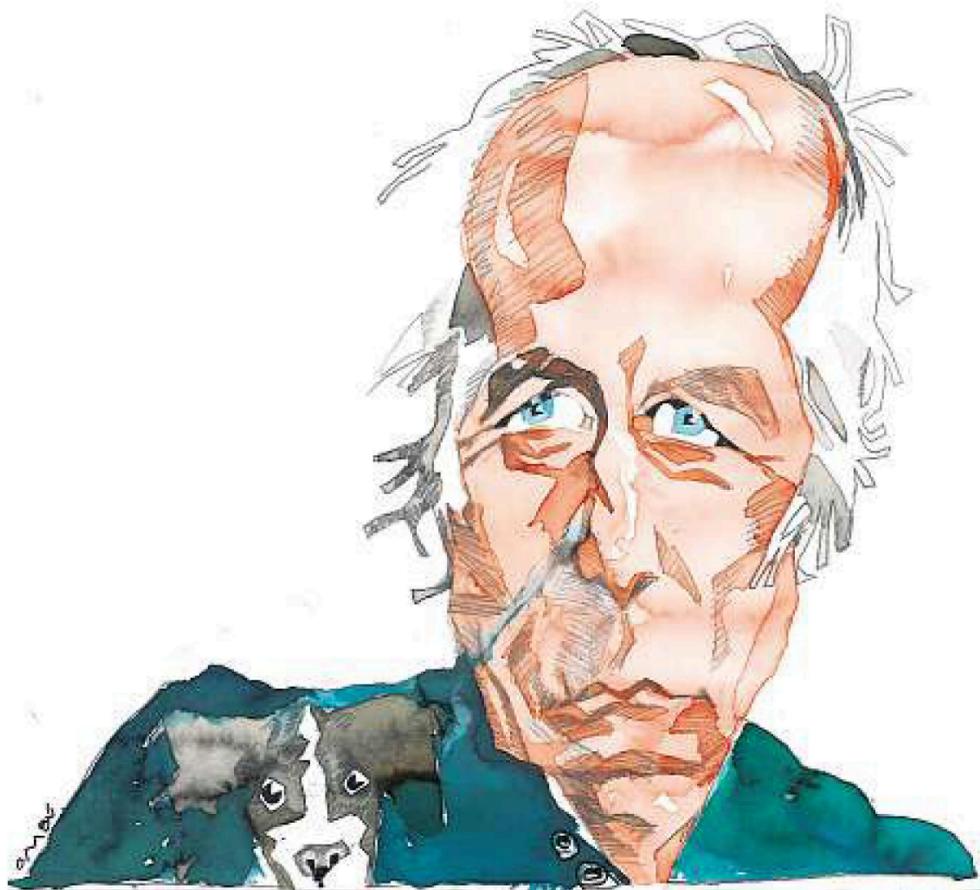


MERCEDES ESTRAMIL

Con cada nuevo libro de Ford uno se pregunta cómo hará para empujar el anterior. Cuando la trilogía sobre Frank Bascombe, su antihéroe ya legendario, se convirtió en tetralogía con **Francamente, Frank** (que no era propiamente novela ni era simple colección de relatos) consiguió lo que parecía difícil: sacarle más jugo al personaje y hacerlo de un modo novedoso, puliendo fragmentos de vejez, *flashes* de historias pasadas y paralelas. El resultado, una roca formidable de cuatro aristas. Richard Ford (Jackson, Mississippi, 1944) es uno de los grandes novelistas actuales estadounidenses, un constructor de los de largo aliento, capaz de reinventarse sutilmente mientras parece que camina por la misma línea. **Lamento lo ocurrido** (2019) es una prueba de eso. Basta releer su inaugural **Rock Springs** (1987, que ya era notable) y estos diez cuentos de ahora para ver ese salto alucinante. Ford ha logrado aquí jugar con la dificultad y con el clisé y salir airoso. Apuesta —contra la vertiginosa y mayormente *light* lectura de estos tiempos— a que el lector se detenga, vuelva atrás, relea, y vea que lo que se está mostrando es mucho más que una historia o dos o tres. De ese imperativo de observar detenidamente nace una comprensión piadosa —del individuo, de la humanidad— que es quizá el mayor aporte de la narrativa fordiana.

**SIEMPRE UN IRLANDÉS.** **Lamento lo ocurrido** arranca con la historia de un abogado de ascendencia irlandesa, Sandy McGuinness, que se cruza en un bar con una ex novia. El encuentro da para un paseo por la ciudad y el establecimiento de un diálogo reparador y equívoco —ambos están casados, ambos se saben solos— que podría terminar en una cama pero elige detenerse en una despedida abierta (“Nada para declarar”). En “Feliz”, la muerte de un editor irlandés de setenta y tres años deja a su novia escultora en un estado de desasosiego que intenta resolver visitando amigos comunes. Igual que ocurría en muchos relatos de Cheever, los personajes se reúnen para pasarlo bien, pero terminan pasándolo muy mal, pagando el precio de sus almas alteradas. “Desplazado” toca la historia personal de Ford, de ascendencia irlandesa por parte de padre (vendedor ambulante) y huérfano precoz. El chico protagonista, Henry Harding, también vive en Jackson y pierde a su padre a los dieciséis años. Testigo del “*dolor extraño e incompleto*” de su madre, se vincula con un chico irlandés que habita una casa de reputación dudosa.

En ese punto notamos que siempre hay un irlandés, o varios, en la vuelta. Los siguientes relatos lo confirman: en



Ultimo Richard Ford  
**El salto alucinante de un escritor**

**DIEZ CUENTOS MUESTRAN UN RICHARD FORD MÁS MADURO, MENOS PRESIONADO**

“Rumbo a Kenosha” es el dentista de Louise, hija de padres divorciados; en “En coche” es Delores McGuinness, que viaja a despedirse de un antiguo amor que está muriendo; en “De incógnito” es apenas un equipo de fútbol femenino dublinés que se menciona al pasar; la historia adúltera de “No es mucho pedir” sucede en Dublín; el Jimmy Green del cuento homónimo mira las elecciones estadounidenses de 1994 en un bar de París que le recomienda un irlandés; en “Una travesía” es el protagonista observa a tres turistas que viajan a Dublín y conversan sobre Michael Jackson; y en “Perder los papeles” es el viudo de una irlandesa suicida el que no sabe qué hacer con su vida después de ese abandono. Hay una tentación de hipersignificar

esa alusión —homenaje al padre, insularidad, distancia, conflicto—; lo único cierto es que es un hilo conductor más, como pueden serlo los abogados, los viajes o los divorciados, adúlteros o desplazados de todo tipo que cruzan estas páginas (gays, extranjeros, viejos). En cualquier caso, seres que van “de incógnito” por la vida, incluso para ellos mismos, adivinando tarde o nunca de qué va esta: “*la vida, y eso pareció muy repentino, era eso y poco más*” (“Feliz”). Las sentencias se acumulan en Ford de manera sencilla, directa, como cuchillos que atraviesan sus tramas leves: “*Toda la experiencia de la vida no es más que una percepción incorrecta*” (“Una travesía”); “*La muerte proyecta sombras demasiado alargadas*” (“Perder los pape-

les”); “*Había viajes cuyo único objetivo era llegar a medio camino*” (“En coche”).

**EL SEGUNDO PLANO.** Ford retrata esas vidas en segundo plano con una luz potente y micrófonos abundantes. Los diálogos de este escritor han ido al país del clisé y vuelto de él con un espesor envidiable. Son el hilo que une la caminata de dos ex amantes en el primer relato y el viaje de un viudo y una posible amante futura en el último. Son las conversaciones entrecortadas y tensas entre padres e hijos que se quieren pero habitan universos diferentes. Y es también el diálogo por defecto de dos amantes que saben que “*intercambiar datos no era intimidad*” (“No es mucho pedir”).

Destacar algún cuento en este volumen es ser injusto con el resto. Todos son buenos y en todos hay fragmentos de esplendor que resuenan después de pasar la página. Por citar algunos: cuando el demócrata golpeado y humillado termina paseando al perro de su conquista fallida en la gran noche de Clinton; cuando se desmagnetiza la llave de hotel de una amante culposa que sabe que los hombres de su vida solo son comodines de una partida perdida pero no tiene muy claro qué cosa es ella; cuando un padre se desespera por encontrar una tarjeta adecuada para que su hija se despidiera de su amiguita negra y sabe que no la va a encontrar. En cada relato hay uno o más de esos momentos, una marca de agua “Ford” donde reconocemos el billete auténtico de un grande. La misma que le permite presentar sin juicio ni atenuantes personajes egoístas, mezquinos, calculadores y desapegados y, no obstante, reclamantes de lo que no dan.

Se podría pensar que es el Ford de siempre, con sus criaturas deleznable y puras, sus vidas en suspensión porque alguien se fue o movilizadas porque la llegada de algo inesperado lo cambia todo (un huracán, una persona, una enfermedad), pero es otro también. El que ya atravesó la reconciliación con sus padres en **Entre ellos** (2018), y la visión certera de lo que es la literatura en **Flores en las grietas** (2012), y los regalos y quitas del tiempo (tiene 75 años, aunque su porte de rubio ligeramente irónico y recio lo desmienta). Cada vez más maduro y menos presionado, captura sensaciones en cada uno de estos relatos. La principal quizá, la de que cualquier humano en un punto lamenta lo ocurrido, haber ocasionado problemas, haber dañado, pero no ha sabido, querido o podido evitarlo. Eso transmite Richard Ford en este libro, publicado primero en español como primicia mundial y como gesto de amistad del autor hacia Jorge Herralde, Anagrama y los lectores hispanohablantes. Agradecidos, siempre. **CULTURAL**

**LAMENTO LO OCURRIDO**, de Richard Ford. Anagrama, 2019. Tr. de Damià Alou. Barcelona, 270 págs. Distribuye Gussí.

**Fragmento del cuento sobre la amante con culpa**

RICHARD FORD

En el Salon de Thé solo había un hombre desayunando, acompañada de su hija adolescente vestida con el uniforme escolar. Y dos africanos, un hombre y una mujer grandota con su hermoso atavío tribal. Se reían, aunque el salón estaba tranquilo y por lo demás silencioso, un poco frío, la luz ligeramente insuficiente, y el personal ya retiraba el bufet entre los ruidos que se colaban por las ventanillas de la cocina. Sin embargo, no se estaba mal. Los huevos estaban bien escalfados, los tomates crujientes y calientes de verdad. Las salsichas se reventaban. Y era práctico. Esa insulsez inglesa había encontrado su lugar adecuado antes de que comenzara el día. No era el Bewley's, ni de lejos. Pero el Bewley's, en Grafton Street, ya no existía. *Tempus omnia revelat*, o algo parecido.

Le había venido un pensamiento, quizá solo un asomo de pensamiento, un pensamiento extraño. Como si formaran una hilera, se puso a pensar en Marjorie, James y sus dos hijos, y en el mediocre Mick y en Patrick French de Ballycastle, con el que había tenido un rollete justo

antes y justo después de que Mick se marchara (y con el que de vez en cuando hablaba por teléfono). Con ese pensamiento no pretendía calcular lo que ellos podían estar pensando justo en ese momento. Nunca lo sabría, ni le importaba. Ahora todos estarían inmersos en lo que hicieran los sábados, fuera lo que fuera. Y ella, sin que nadie lo supiera, se tomaba un opíparo desayuno en la más absoluta tranquilidad, sin pensar (o casi) en ninguno de ellos. Esos momentos —aunque se dieran en esa habitación sin adornos y en medio de completos desconocidos— eran difíciles de conseguir ahora, y preciosos, y había que conseguirlos como fuera, incluso a costa de... bueno, a costa de todo. Clarence no intervenía en todo eso, en esa hilera de caras y vidas. Clarence era tan solo el comodín que completaba la mano y no había que pensar mucho en él.

Pagó en efectivo. Clarence sin duda habría cerrado la cuenta al marcharse, aunque la habitación siempre la pagaba la empresa. Desayunar en el hotel sin Clarence era algo nuevo. Normalmente él colgaba el cartel de “Por favor, no molestar” en la puerta para que ella pudiera

dormir, aunque no era tan agradable estar en la habitación sola cuando oficialmente ya debería haberse marchado. Solo que no podía irse cuando él se iba. ¿Qué iba a hacer en Dame Street a las siete de la mañana? Eileen cerraba la puerta con dos vueltas en previsión de la llegada de las limpiadoras. Eran sus momentos de dicha, y lo demás podía esperar.

La limpiadora ya estaba en el pasillo con su carrito, aunque no delante de la 119, que tenía el cartel de “Por favor, no molestar” en la manija de la puerta. ¿Cuál era esa palabra española cuyo sonido le gustaba por su suavidad como de loción? *Huéspedes*. Había un relato francés con ese título. Qué extraño que se le ocurrieran todas esas cosas cuando su mente estaba a gusto. *Huéspedes*.

La llave de Clarence había dejado de funcionar, y la diminuta luz del cerrojo seguía estando roja, y no cambiaba a verde. No oyó ningún chasquido ni ningún zumbido familiar que autorizara la entrada. Posiblemente se la había guardado en el bolsillo demasiado cerca del móvil, lo cual no era aconsejable, pero no le había ocurrido antes. Le dio la vuelta a la tarjetita para que las flechas



Richard Ford

quedaran hacia abajo y la franja negra hacia arriba. Y nada. Frotó la tarjeta en la manga tal como había visto hacer a los dependientes cuando la tarjeta se ponía tonta. Y funcionaba. Pero en su caso la luz seguía en rojo. Era el sistema de seguridad, había dicho Clarence, y era sorprendente que James hubiera dicho lo mismo en las Canarias. “Quieren que te quede bien claro que la puta habitación no va a ser tuya. Estás bajo su poder supremo. Tienes que demostrar una y otra vez que eres tú, que no has mandado la llave, que no has metido la mano en la chaqueta de alguien ni subido para apropiarte de todo”. Como si, había dicho Clarence cuando no le había funcionado la llave, y había tenido que bajar a recepción, mostrar una identificación y reprogramarlo todo. Como si, había dicho. Dando a entender: *como si* pretendiera hacer algo inapropiado a cuenta de la empresa. Un auténtico coñazo. Había dicho que ya habían pasado los días de las llaves de verdad, las cerraduras de verdad y la gente de verdad.

(tomado del cuento “No es mucho pedir”, del libro **Lamento lo ocurrido**)